

## VI

### Á CIEN MILLONES DE MILLARES DE MILLONES DE KILÓMETROS

Continuando mi viaje celeste, dejé el sistema del sol alfa del Centauro para lanzarme en las profundidades estrelladas de la Cruz del Sur. Pasando sucesivamente de uno á otro sol, de uno á otro sistema, atravesé playas soleadas y desiertos de noche, viendo cómo en torno mío desaparecían las estrellas para hundirse en la noche infinita después de deslumbrarme por un momento. El estado normal del universo es la sombra, la calma absoluta, el completo mutismo. Sólo hay luz en torno á los soles y á los mundos; sólo en sus vecindades hay ruido; en sus vecindades y en sus atmósferas. Al costear los grupos estelarios tuve ocasión de observar tierras enormes rodando envueltas en luz para nosotros desconocida, y me pareció á las veces experimentar como choques eléctricos, calofríos magnéticos, sensaciones casi indefinibles que llegaban á advertirme, produciéndome una especie de malestar, que tales esferas son inhabitables para nuestro mundo de vida, y están animadas por seres que sienten, ven y piensan de modo muy distinto del nuestro. Recuerdo especialmente haber visto pasar cerca de mí un grupo

de mundos multicolores alumbrados por tres soles, uno rojo rubí, otro verde esmeralda y azul zafiro el último, pero iluminados de tan singular manera por esta falsa luz, — falsa para nosotros, natural para ellos — que hube de preguntarme si era yo víctima de una alucinación, juguete de un sueño, ó si en realidad tales creaciones pueden existir, cosa de que no debí dudar un punto, pues en realidad muchas veces he observado con el auxilio del telescopio esas asociaciones de soles coloreados, bien conocidas de los astrónomos. Detúveme, me acerqué á uno de esos mundos y lo ví habitado por seres que parecían tejidos con luz, á los ojos de los cuales los habitantes de nuestro planeta parecerían de tal modo sombríos, pesados y groseros, que de seguro, á poder verlos, llegarían á dudar de si en realidad existimos y de si tenemos conciencia de nuestra vida.

Todos aquellos astros, poblados están por organismos aéreos cuya frescura y brillo están muy por encima del brillo y frescura de nuestras rosas más fragantes y de nuestros lirios más puros; viven esos seres de la atmósfera misma que respiran, sin verse condenados, como los habitantes de nuestro planeta, á sacrificar perpetuamente número inmenso de animales para llenar sus cuerpos. La contemplación de la hermosura, esbeltez y ligereza de tales seres, me hizo pensar, sin duda por el contraste, en las condiciones que exige la vida terrestre: pensé que es la fuerza bruta la que reina aquí en soberana; que millones de seres vivos son cada día sacrificados para asegurar la existencia de los demás; que la guerra es una ley natural entre los animales, y que la humanidad

está aún tan poco emancipada de la barbarie animal, que casi todos los pueblos continúan aceptando, como en los tiempos primitivos, la esclavitud y la servidumbre. Á tan inmensa distancia de la Tierra como la á que entonces me encontraba, fueme fácil comprender como nunca cuán grande es la ineptitud de los ciudadanos de nuestro planeta. « Los millones de hombres que en la actualidad pueblan Alemania, (¿por qué pensé en esta nación mejor que en cualquier otra? tal vez porque es más disciplinada, más militar, menos que sus vecinas avanzada en el sentimiento de la libertad), esos millones de hombres, digo, no se percatan de que no son ni más ni menos que otros tantos esclavos de un Estado Mayor, como los súbditos de cualquier tiranuelo del Africa central. ¿Qué sería de los jefes de ese país sin el militarismo? Nada. Incapaces como son de ganar su subsistencia con el trabajo de sus manos, si existen es gracias á la sumisión de los que los nutren. Con unas cuantas frases huecas y repitiendo frecuentemente las palabras gloria y patria que siempre suenan bien, explotan la imbecilidad de esos millones de esclavos, los cuales á la primera indicación, á la señal primera, parece como que experimentan la necesidad imperiosa de lanzarse á la carnicería y al pillaje y á la muerte. Verdad es que pueden rehusar tal esclavitud, porque moralmente son libres todos esos hombres; pero ni siquiera se les ocurre la idea de emanciparse! Y para garantizarse contra el pillaje organizado por un centenar de malhechores que explotan la imbecilidad humana, Europa entera se vé en la dura precisión de entretener ejércitos permanentes, de sustraer hombres al trabajo

útil y fecundo, y de arrojar sus fuerzas todas, todos sus recursos en un abismo sin fondo. Y de ello se enorgullece, de ello se muestra satisfecha esa Europa que á los niños aún impúberes hace admirar las maravillas del militar patriotismo y educa á sus ciudadanos en todos sus pueblos en el odio á la gloria de sus vecinos. ¡Qué humanidad tan inteligente! ¡Qué planeta tan encantador! »

Considerada de tal distancia, la política de los Estados terrestres me pareció lamentablemente bárbara: pero, determinando algo más mis recuerdos, me tranquilizó la consideración de que la ley de la evolución transforma rápidamente la faz de las cosas. Tal vez — pensaba yo — es de utilidad para el progreso el que Europa se precipite al abismo con la ceguedad que lo hace: representa en la Tierra al viejo mundo con todos sus prejuicios de casta y de antigua servidumbre: el entretenimiento del militarismo traerá como consecuencia en breve término la ruina de ese mundo caduco, en tanto que el nuevo, el mundo americano, se engrandecerá á favor de la paz y á la sombra de la libertad bienhechora. No hay mal que por bien no venga: no deseemos que la máquina social se descomponga ya que está lo bastante caduca para detener su marcha en breve por sí sola. La luz de la civilización brillará al oeste del Atlántico después de extinguirse por consunción en el este. En el fondo, es un sentimiento como otro cualquiera el que ha impulsado á los habitantes del globo á encontrar la dicha en las matanzas internacionales, y con la dicha, eso que ellos llaman gloria. Cada árbol suspende de sus ramas el fruto que á su especie corresponde; ni las tortugas ni

los osos se atreverían á ambicionar las alas de la golondrina ó el canto de la alondra. La gloria de los Alejandro, de los César, de los Carlomagno, de los Tamerlan, de los Napoleón, de Bismark, perteneciendo como pertenece al orden de los instintos de los animales carniceros, nó dura más tiempo que un festín brutal, y bastan pocos años para borrarlo todo en la historia misma del planeta.

Por lo que respecta al valor de esta historia y del planeta entero, baste saber que traté de buscar en el espacio no sólo la Tierra, invisible desde bastante tiempo antes, sino también nuestro sol, sin que me fuera dado descubrir ni ese sol, ni aun ninguno de sus brillantes vecinos tales como el alfa del Centauro ó Sirio; ni una tan sola de las estrellas que se distinguen desde la Tierra. Toda la región del espacio en que gravita nuestra isla flotante habíase desvanecido desde mucho tiempo antes como un punto pequeñísimo en las profundidades de la inmensidad... Austerlitz, Waterloo, Sebastopol, Magenta, Sadowa, Reichshoffen, Sedán: agitaciones microscópicas en hormiguero liliptiense; juegos de niños golosos de sangre y humo... ¿Á qué condenarlos? ¿por qué compadecerlos? Hacen lo que les place sin que nadie les obligue á hacerlo. Tal vez son los astrónomos los dignos de compasión por no alcanzar á comprender el valor de las patrias.

El sistema de soles múltiples y coloreados cuya deslumbrante riqueza orgánica me inspirara ese retroceso hacia el crepúsculo terrestre, flota en los cielos á una distancia de cerca de cien millones de millares de

millones de kilómetros. Para atravesar esta distancia la luz emplea más de diez mil años.

Sin embargo, astronómicamente hablando, ese no es un alejamiento extraordinario.

Sirio, el astro más brillante de nuestro cielo, transportado á esta distancia, sólo estaría 3500 veces más lejos de lo que lo está en realidad y nos enviaría doce millones de veces menos de luz, resultando aún un punto perceptible para los nuevos procedimientos fotográficos: sería una estrella telescópica de décima octava magnitud.

Ese límite sidereal estaría aún muy lejos de marcar los de nuestro universo, que parece extenderse hasta más allá de las estrellas de vigésima magnitud, y que según cálculos ingeniosos encierra un número de soles que se eleva á algunos millares.

Con efecto; á medida que avanzaba en mi celeste viaje, iba franqueando abismos nuevos y descubriendo á lo lejos ante mí, por encima de mí, nuevas estrellas que se convertían en soles, brillando en la noche, y que parecían las unas sencillas, otras dobles, triples, cuádruples, quíntuples, iluminadas con luz argentina ó dorada ó bien emitiendo los colores más vivos y varios, permitiéndome adivinar á mi paso las tierras celestes pobladas de humanidades desconocidas que flotan en su luz, y verlas en fin rodar y desaparecer bajo de mí en las profundidades de la noche. Movimientos variados las impelían en todas direcciones á través del espacio, bien así como esos globos luminosos que irradian de los ramilletes de fuegos artificiales, y todo parecía huir en una lluvia estrellada.

Cuando llegué á alcanzar los confines de nuestro

universo, soles y sistemas aparecían más espaciados; y, continuando mi ascensión, me encontré en el seno de un vacío negro y desierto, desde el que, fuera ya de los límites de nuestro universo, sólo me fué dado apreciar el conjunto y la forma del mismo, pareciéndome análogo á uno de los numerosos conjuntos de estrellas que se observan en los campos telescópicos; poco á poco fué perdiendo su volumen, reduciéndose, á medida que yo me alejaba en las profundidades del espacio exterior.

Entonces, en la noche infinita, pude ver por encima de mí otro universo que flotaba en el espacio como una nebulosa pálida y lejana, y comprendí que todo cuanto vemos con nuestros propios ojos durante la noche, todo cuanto la visión telescópica nos ha permitido descubrir, no representa en el infinito más que una región local en un universo y que hay otros universos además de éste del cual nuestro sol no es más que una estrella.

## VII

## EN EL INFINITO

Acercándome al segundo universo que parecía adelantarse hacia mí aumentando sus dimensiones, nuevo archipiélago de estrellas, no tardé mucho en llegar á sus primeros límites exteriores. Luego, atravesándolo en toda su extensión, reconocí que está á su vez compuesto de muchos miles de soles alejados unos de otros por millares de millones de kilómetros. Del otro lado del mismo encontré otro desierto obscuro semejante al que hube antes de franquear para encontrarme en este segundo universo.

Continuando mi éxodo, ví aparecer un tercer mundo que atravesé en toda su extensión; y luego otro, y después otro: y al atravesar los desiertos que los separan, mi vista, dirigiéndose en todas direcciones á través del abismo, descubría en todas partes nuevos universos.

Comprendí entonces que cuantas estrellas nos ha sido dable observar en el cielo; cuantos millones de puntos luminosos constituyen la vía láctea, todos los innumerables cuerpos celestes, los soles de todas las magnitudes y de todos los colores, los varios sistemas, los planetas, los satélites que por millones y millares de millones se suceden en la inmensidad en torno